

Parte I

La geografía de las violencias

Capítulo 1

Espacio, escala y violencia. Claves metodológicas para una interrelación conceptual

Cesari Irwing Rico Becerra¹

<https://doi.org/10.61728/AE20253912>



¹ Doctor en Ciencias Políticas y Sociales. Centro de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. irwing.rico@politicas.unam.mx

Introducción

El espacio y la violencia son conceptos que se han analizado desde múltiples vertientes dentro del pensamiento geográfico y político. No obstante, los sesgos propios de las ciencias sociales modernas han llevado a un entendimiento de las configuraciones espaciales a través del tiempo como elementos propios de la organización política, económica y social del Estado; mientras que las violencias han sido estudiadas como una serie de actos sociales e individuales, principalmente desde el ámbito psicológico y la salud mental.

A partir de esas visiones, la relación entre ambas no parecería del todo clara. Si bien el espacio se encuentra presente como una de las dos dimensiones fundamentales de la vida social en nuestro mundo (siendo la otra el tiempo), su correlación directa con el tema de la violencia normalmente es poco explorada e incluso llega a ser pasada por alto. La división moderna de las ciencias sociales y la configuración analítica del pensamiento geográfico político ha derivado en que espacio y violencia se analicen de manera aislada, sin la interconexión necesaria entre ambas categorías sociales.

Para comprender las relaciones que existen entre espacio y violencia, es necesario analizar ambas categorías desde un enfoque relacional, por medio del cual se piensen ambas categorías como producciones sociales e históricas que encuentran contextos específicos y buscan responder a necesidades concretas dentro de los ámbitos de la dominación y la hegemonía. Dicho lo anterior, el presente texto buscará abrir una serie de reflexiones para construir una relación conceptual entre espacio y violencia, así como sus expresiones a través de la escala como clave metodológica para el análisis de lo social. Con ello, se buscará tender un puente analítico entre estas tres categorías, a partir de los siguientes elementos:

A) La comprensión del espacio como una producción social, histórica y biopolítica que es atravesada por múltiples relaciones de poder al

mismo tiempo que coadyuva a la configuración de dichas relaciones sociales.

- B) El análisis de la escala como una “jerarquización espacial”, la cual no existe de forma ontológica en la realidad social, sino que es producida como clave metodológica para la organización, gestión y administración del mismo espacio, y;
- C) La reflexión de la violencia como un elemento sistémico-estructural que, al tiempo que atraviesa múltiples objetividades y subjetividades sociales, coadyuva a la producción, mantenimiento y reproducción de una serie de ordenamientos políticos, económicos, jurídicos y culturales anclados en el sistema de producción y la modernidad dominantes.

A partir de ello, se buscará trazar líneas metodológicas para un análisis crítico de las problemáticas socioespaciales contemporáneas, en sus distintas escalas y representaciones.

La producción estratégica del espacio

Ante una tradición científico-geográfica que ha concebido al espacio como un vacío inerte que sirve de escenario para las relaciones sociales, la propuesta sobre el espacio como una producción social se refiere a que este tiene una historicidad particular y activa frente a la vida social. En otras palabras, el espacio es un producto del sistema de producción y las relaciones sociales que lo atraviesan, pero, al mismo tiempo, es productor y reproductor de estas mismas relaciones sociales en la historia, por lo que resulta un elemento estratégico para el mismo sistema que lo crea. De acuerdo con Henri Lefebvre:

¿Es concebible que la hegemonía deje de lado el espacio? ¿Sería el espacio solo el lugar pasivo de las relaciones sociales, el medio en el que su reunificación adquiriese consistencia, o la suma de los procedimientos de su renovación? No, y más adelante se mostrará el lado activo (operacional, instrumental) del espacio, como saber y acción, en el modo de producción existente. Mostraremos cómo sirve el espacio y cómo la hegemonía lo emplea para la constitución, a partir de una lógica subyacente, y con la ayuda del saber y

de las técnicas, de un “sistema”. ¿Acaso el espacio del capitalismo (el mercado mundial) purga sus contradicciones dando lugar a un espacio definido? No, si fuera así el sistema podría pretender legítimamente la inmortalidad. Algunos espíritus sistemáticos oscilan entre las invectivas contra el capitalismo, la burguesía, sus instituciones represivas, de un lado, y la fascinación y la desmedida admiración, de otro. A esta totalidad no cerrada (hasta tal punto que requiere de la violencia) aportan la cohesión que le falta, haciendo de la sociedad el “objeto” de una sistematización que se obstinan en cerrar para ser completa (Lefebvre, 2013, p. 72).

Por tanto, con la reflexión que nos propone Lefebvre, podemos argumentar que el espacio, en lugar de representar un contenedor de relaciones sociales que define la vida política de los sujetos, se enarbola como una “producción social, un entorno relacional —mediado por una clara centralidad de lo político— y determinado también temporalmente, que comprende las interacciones entre sujetos concretos, así como las condiciones objetivas y subjetivas que configuran la materialidad que los rodea” (Herrera, González, Saracho y Rico, 2020, p. 12).

El espacio es una producción social, una estructura estructurante que es definida por las relaciones sociales que lo atraviesan y que, de manera irónica, también se convierte en productor y mediador de nuevas relaciones sociales que configuran a todo el sistema social. Los elementos materiales, simbólicos, objetivos y subjetivos que componen a este entorno relacional permiten la existencia de todo el sistema de relaciones sociales en su conjunto, por lo que se vuelve un instrumento fundamental de los grupos dominantes para el control del bloque histórico en cada momento determinado de la historia.

Por tanto, el espacio no debe ser entendido como un elemento natural que interactúa con lo social a través de condiciones de apropiación y transformación, sino como medio sociocultural cuyo carácter y dinámicas son configuradas por las mismas relaciones sociales y de poder que lo atraviesan, dotándole de cierta dinámica particular que permite, de manera dialéctica y compleja, que el mismo espacio producto de relaciones de poder sea también productor de estas.

Es en ese sentido que el espacio producido por la modernidad capitalista es homogéneo, fragmentado y jerarquizado. Homogéneo no en

los sentidos de su acceso y aprovechamiento, sino en la planificación estratégica de la articulación social y sus representaciones; fragmentado, debido a la necesidad de desarrollos desiguales en esta espacialidad creada; y jerarquizado con base en criterios de discriminación y opresión por clase, racialidad y género, las cuales operan de forma constante sobre la realidad social. A partir de lo anterior, es posible afirmar la existencia de una dimensión estratégica en la producción de este espacio, lo cual se convierte en parte esencial de la vida como campo de disputa constante (Herrera, 2020, pp. 68-69).

Para Lefebvre, el espacio es un bien estratégico necesario para la realización de cualquier proyecto social y político, por lo que se presenta permanentemente como un recurso en disputa por las distintas fuerzas que buscan su gobierno para consagrar las formas de estructuración y regulación de la vida social. En ese sentido, hablar de espacialidad representa un proceso de mediación estratégico, por el cual se desdobl原因 y resuelven estas tensiones presentes en la vida social misma. De acuerdo con Herrera:

En este sentido, el geo no condiciona a la política (geo-política), sino que la política produce al geo (la producción social del espacio) y por ello lo político produce a lo geopolítico. Lo estratégico de la producción espacial solo puede comprenderse en la medida en que el espacio se perciba como mediación fundamental para la reproducción social toda, como estructura-estructurante de lo social, donde la estructura está dada por la forma relacional que determina lo político y no por firmas inmutables, transhistóricas y preestablecidas (Herrera, 2020, p. 69).

La producción espacial, entonces, representa un elemento estratégico, en tanto es a través de ella que se concreta tanto el gobierno del espacio social en una escala ampliada, como el gobierno del lugar en una escala localizada. Tanto las pugnas entre las clases dominantes que buscarán establecer las modalidades internas del dominio del sistema, como las pugnas en contra de los grupos subversivos que buscan establecer nuevas hegemonías en un sentido negativo de lo dominante, encontrarán en la producción del espacio un elemento clave para la disputa estratégica de la realidad y su constitución histórica.

Por lo anterior, se recuperan las tres hipótesis que Herrera construye del pensamiento lefebvriano, las cuales buscan sintetizar los puntos clave de esta visión para la comprensión de la producción estratégica del espacio, a saber:

- a) El espacio es socialmente producido;
- b) El capitalismo sólo puede sobrevivir a través de la producción de espacio, y;
- c) A través del espacio se domina (Herrera, 2017, p. 161)

La primera hipótesis refiere a la existencia de un espacio que no se define de forma transhistórica y objetiva, sino que depende de lo social para dotarle de sentido y significado. Este no se debe pensar en sí mismo, sino en relación con los sujetos y las relaciones sociales que produce. En otras palabras, el espacio no cobra una relevancia sociopolítica per se, sino que es a través de su producción y reproducción que se produce un “gobierno sobre los vivos” a través de procesos concretos de gubernamentalidad sobre esas formas de espacio.

Con base en ello, la segunda hipótesis de Lefebvre propone que el capitalismo requiere de la producción de su espacio para sobrevivir. Por lo tanto, el capitalismo requiere de un gobierno del espacio y los lugares a través de su producción para la configuración de su misma hegemonía, de acuerdo con Harvey:

El capital se esfuerza por producir un paisaje geográfico favorable a su propia reproducción y subsiguiente evolución [...] el paisaje geográfico del capitalismo resulta perpetuamente inestable, debido a diversas presiones técnicas, económicas, sociales y políticas que operan en un mundo de enormes cambios naturales continuos, por lo que el capital debe adaptarse a este mundo en perpetua evolución [...] las contradicciones entre capital y trabajo, competencia y monopolio, propiedad privada y Estado, centralización y descentralización, inmovilidad y movimiento, dinamismo e inercia, pobreza y riqueza, así como entre las distintas escalas de actividad, han ejercido su influencia y cobrado forma material en el paisaje geográfico (Harvey, 2014, p. 149).

Retomando a Lefebvre, el espacio representa la mediación necesaria para el capitalismo como sistema hegemónico, y para el ejercicio de su poder sobre la vida, generando así un entorno relacional de condiciones materiales y simbólicas que posibilitan las formas de dominio sobre el hacer vivir de las personas a través de la disciplina, la regulación, la vigilancia y el castigo como parte de la arquitectura social misma de ese espacio dominante.

Por tanto, la necesidad por la producción espacial refiere a una realidad capitalista concreta que configura un espacio propio con múltiples componentes y contradicciones que intervienen en su práctica y que definen la relación conflictiva entre saber y poder, las cuales determinan una espacialidad operacional e instrumental para el modo de producción. Tal condición convierte al espacio en un elemento estratégico para la planeación capitalista, de ahí que su planificación sea crucial para la reproducción del mismo sistema. Sin embargo, la misma naturaleza del capitalismo determina una permanente contradicción espacial en donde, por más que se intenta, la planificación total del espacio no puede realizarse, pues es la misma complejidad en lo social la que impide la planificación y completa articulación de las representaciones del espacio y el espacio representado por el capital.



Fuente: Elaboración propia con información de Cesari Irwing Rico Becerra, *Hegemonía, geopolítica y militarización en la segunda década del siglo XXI*, Tesis de Doctorado, Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 2025, pp. 68-74

Esto nos lleva a la tercera hipótesis lefebvriana, que indica que a través del espacio se domina. El espacio entonces determina toda una arquitectura social que, de acuerdo con Foucault, toma la forma de un panóptico (Foucault, 2003), es decir, una estructura social en donde el poder se convierte en un elemento que todo lo ve, pero no puede ser visto de manera tan simple. Esto no se debe a una omnipresencia del poder en el espacio, sino a su control estratégico sobre todos los puntos clave del cuerpo social, lo cual le permite configurar un espacio dominante, instrumental y estratégico para la misma lógica de la dominación.

Por tanto, el espacio no es un contenedor vacío y objetivo, cuyas dinámicas lo atraviesan de una forma pasiva, sino que se convierte en un elemento estratégico en la producción y reproducción de relaciones de poder en el sistema capitalista global, el cual opera en todas las escalas de forma integrada y crecientemente compleja.

La cuestión de la escala dentro de la producción del espacio

Dentro del pensamiento de la geografía política, el espacio y las escalas han sido categorías tradicionalmente centradas en el Estado-nación. Así, su tratamiento como unidades históricas concretas para estudiar los “afueras” y “adentros” de la formación estatal han estado completamente definidos por agendas científicas y mecanismos de poder-saber (Foucault, 2003) que benefician a un entendimiento vacío del espacio, y una invisibilización de las escalas que lo componen.

Con todo ello, el espacio ha sido interpretado como una estructura, cuyos nodos y puntos de interacción política son vistos como fijos y constantes, perdiendo la concepción relacional. Si bien esto es característico de las reflexiones más tradicionales de la geografía política, también resulta serlo en aquellas visiones sistémicas que buscan comprender los procesos históricos en el sistema-mundo a través de una larga duración. La visión del centro-periferia, característica de la teoría de la dependencia y las propuestas sobre el sistema-mundo, si bien intenta descentralizar la idea del desarrollo como elemento lineal y alcanzable a través de fórmulas capitalistas, reproduce estos vicios en su misma estructuración del mundo. La fijeza de esta visión entre los espacios “centrales” y los “periféricos” les dota de una inmutabilidad profunda, así como de una totalización en las configuraciones sociales que estos signos representan. De acuerdo con Raffestin:

Decir el “centro” y la “periferia” es hacer volar los dos signos, que estallan y son reducidos, entonces, a lugares sin referencia relacional. Mientras que hablar de centralidad y de marginalidad es presentar las dos caras de cada uno de esos signos y mostrar, por lo mismo, que el espacio no es significativo por sí mismo, sino que significa algo que remite a una intención. Hacer referencia al centro o a la periferia es cristalizar una relación en términos geométricos y, por lo mismo, volverla estática. Si se quiere construir un análisis a partir de nociones dinámicas, será necesario hablar de organizaciones o de grupos en situación de centralidad y de organizaciones, o de grupos en situación de marginalidad (Raffestin, 2013, p. 131).

En este sentido, la crítica de Raffestin no tiene tanto que ver con el cómo se nombran los espacios a partir de su inserción dentro de la lógica del desarrollo propia de la estructura mundial, sino cómo la conceptualización “centro-periferia” deja de lado dos elementos fundamentales para la comprensión de la espacialidad misma: 1) la condición relacional que dota de sentido al espacio, como elemento sintagmático del mismo, y 2) la cuestión de la escala, la cual se pierde en un análisis sistémico tan amplio que abarca al mundo entero.

Es por ello que concebir al espacio como una producción social compleja, la cual se retroalimenta de las relaciones sociales que lo producen y que produce, nos permite reconocer cómo es que este se encuentra permanentemente envuelto en dinámicas relacionales que se articulan en distintos niveles de interacción, y le dotan de sentido a la espacialidad a partir de la interrelación de distintas escalas que se encuentran claramente fragmentadas en lo local, pero profundamente articuladas en lo global.

Para Harvey, el modo de producción capitalista se presenta como una fábrica de la fragmentación, en tanto requiere de la producción diferenciada de espacios, territorios y escalas en las que el capital encuentra un terreno fértil para su vaivén y reproducción, pero que solamente puede funcionar a la par de una coherencia dotada en una escala global, la cual permite la articulación de los flujos, la securitización del movimiento y la existencia de fijos espaciales que habilitan la consecución geopolítica de soluciones espaciales frente a las intensas crisis de sobreacumulación, el cual solo puede operar en un sentido transescalar (Harvey, 2014).

En ese sentido es que la escala cobra importancia como concepto central y clave metodológica para el entendimiento de la producción espacial de las hegemonías y relaciones de dominación, dado que su funcionamiento y operabilidad dependerá, en última instancia, de su reproducción microfísica en las relaciones sociales básicas que, a su vez, irán configurando una dominación territorial, local, nacional, regional y mundial que configurará a la fábrica mundial en los últimos años. A consideración de Herrera:

No menos cierto es que la escala se presenta como un elemento esencial, porque la dimensión de la dinámica poblacional marcada por los flujos de desposeídos será determinante en la producción

del lugar, donde se configuran relaciones de clase, raza y género que serán más patentes, en ese caso, que la propia determinación de los derechos soberanos de propiedad. Lo que queremos decir es que una mirada inter y transescalar siempre será necesaria para poder comprender la complejidad de la totalidad y las jerarquías diferenciadas (Herrera, 2020, p. 77).

Por lo anterior, la escala se presenta como una clave metodológica esencial para el entendimiento del espacio dominante y su relación con la violencia estructural, objetiva y subjetiva. Si bien la escala ha sido tratada en términos de dominio fijo perteneciente a un nivel nacional o global en la gran mayoría de los textos del pensamiento geográfico-político, la realidad demuestra que espacio y sociedad se encuentran internamente relacionados, y las representaciones escalares resultan profundamente necesarias para esa comprensión (Soja, 1996). Para Nogué Font y Ruffi, la escala refiere a: “una jerarquía de niveles y ámbitos en cada uno de los cuales se observan unos fenómenos específicos y unas dinámicas territoriales propias, que interactúan con las que se dan en otros niveles inferiores y superiores. Estaríamos hablando, en definitiva, de cada uno de los ámbitos dimensionales y conceptuales de referencia, involucrados en el análisis del territorio” (Font y Ruffi, 2001, p. 20).

De suerte tal, la producción del sistema global requiere de la interacción dialéctica de distintos niveles de espacialidad y territorialidad, que configuran la correlación de fuerzas y relaciones de poder desde lo local hasta lo global, pasando por toda una diversidad de estadios intermedios. Es por ello por lo que la comprensión de la escala abre la posibilidad de observar distintas representaciones en torno a la naturaleza misma de los procesos socioespaciales y permite el análisis y ordenamiento de los factores que intervienen en cada uno de estos niveles de interrelación espacial:

El territorio es un tejido de relaciones en el que cada elemento interacciona con otros, por lo que, para ser comprendido realmente —y territorialmente— en su inserción con los demás elementos de su entorno, ha de ser representado a más de una escala. Para comprender las dinámicas sociales y económicas y las relaciones

de poder en toda su amplitud, hay que considerar un análisis multiescalar que otorgue a cada escala los factores que le son propios (Font y Ruffi, 2001, p. 20).

La multiescalaridad o transescalaridad, comprendida como la capacidad analítico-dialéctica de comprender los procesos socioterritoriales en sus distintos niveles de espacialidad, resulta un elemento fundamental para el pensamiento geográfico contemporáneo, en tanto análisis de las dinámicas y configuraciones espaciales y territoriales que se encuentran directamente vinculadas con los intereses políticos y estratégicos en el sistema mundial. De acuerdo con Neil Smith, la enunciación de una teoría sobre la escala geográfica se convierte en un elemento central para la comprensión de los niveles de intermediación en los que juega el espacio para la contención y encapsulamiento de la acción social:

Smith conceptualiza a los niveles como «lugares» en los que se ejercen formas de poder especializadas. Bajo esta premisa, más o menos explícita, Neil Smith propone un modelo de análisis de las relaciones sociedad/territorio articulado en siete escalas: el cuerpo, el hogar, la comunidad, la ciudad, la región, el estado-nación y las fronteras de lo global. Aunque se las nombra como «lugares», las tres primeras escalas se acogen a una caracterización que es más sociológica que geográfica, mientras que las cuatro restantes sí tienen un carácter claramente dependiente del territorio (Font y Ruffi, 2001, p. 21).

En esta propuesta, Smith encuentra la vinculación explícita entre espacio y escala en los niveles analíticos de lo urbano, la formación estatal y la globalidad. Si bien las escalas no son fijas y tampoco pueden ubicarse de la misma forma en todas sus expresiones, estos niveles de interacción espacial pueden ser reconocidos para la configuración de una teoría de la escala geográfica, a partir de los siguientes elementos presentes en cada una de ellas:

a) La escala urbana: Se configura como la expresión más concreta de la centralización del capital. Esta deviene de la división campo/ciudad, que resulta una herencia de las sociedades precapitalistas

y que, ya en el capitalismo, adquiere los rasgos característicos de toda la espacialidad dominante y los concreta en la formación urbana, por lo que asume una estructura diferencial en fragmentos de producción y de reproducción que crea usos de suelo específicos para la industria, el transporte, la vivienda, el ocio, el comercio y las finanzas; así como un sistema de renta por el cual el espacio urbano se subsume al valor de cambio y a la valorización del valor (Smith, 2020, p. 185)

b) La escala nacional: Permite la organización del capital en una misma formación político-económico-jurídica que le permite adquirir una forma fija, lo cual beneficia a la seguridad del vaivén del capital. Tal aseguramiento le permite adquirir certeza frente a otros capitales en competencia, haciendo de esta formación estatal la escala más estable para organizar la expansión y acumulación del capital. Cabe mencionar que, a pesar de su fijeza, el Estado-nación es una escala que se encuentra en constante cambio, por lo que más que una “forma estatal acabada” se hace referencia a una espacialidad en constante formación (Smith, 2020, p. 187).

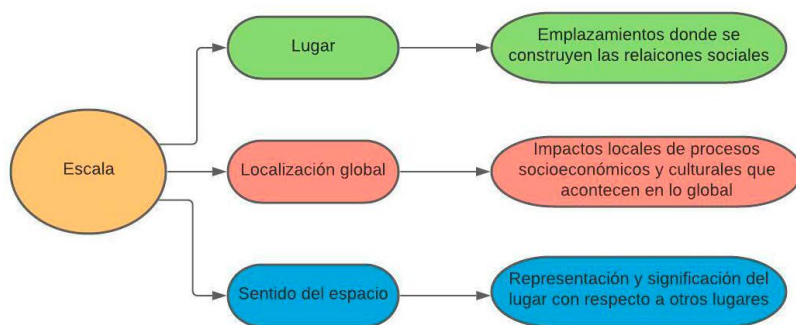
c) La escala global: Heredada bajo la forma de un mercado mundial y una economía-mundo, que permite al capitalismo ser el primer y único sistema de producción que alcanza una integración global de su lógica y dinámica de acumulación. Esta espacialidad global se sostiene en la producción y universalización del del valor como factores de igualación. Y precisamente, su determinación diferencial y patón espacial inherente se convierte en el factor de diferenciación. El producto resultante es una multiplicidad de patrones de producción, consumo, inversión, y desarrollo entre las entidades en las que dicha economía mundial está estructurada, y que en su composición quedan reveladas como heterogéneas (Smith, 2020, p. 188).

Resulta importante mencionar que, a pesar de que cada una de estas escalas pueda suponer la representación de un nivel de interacción social, estos no se relacionan entre sí de manera necesariamente jerárquica o vertical. En ese sentido, la escala juega en un doble entramado de relaciones horizontales y verticales muy complejas, que configuran la nivelación

misma de las relaciones de poder. Por un lado, la comparación entre los distintos niveles de espacialidad resulta crucial para comprender la generalidad y la coherencia estructural de un fenómeno o de una situación específica, pero, al mismo tiempo, estas dinámicas también acontecen a través de relaciones y transformaciones dentro de un mismo conjunto.

Como puede deducirse a partir de la propuesta de Smith, escala y espacio son conceptos íntimamente relacionados, ya que uno opera a través del otro. Estos son resultado directo del entramado sociedad/territorio inserto en los procesos de reorganización capitalista de la vida en los procesos contemporáneos de globalización. Asimismo, las representaciones culturales y las relaciones sociales son cruciales para su articulación. En ese sentido, si el espacio es el entorno relacional producido y productor de las relaciones sociales en un momento histórico determinado, la escala representará el “nivel espacial” (territorial, local, nacional, regional o global) en el cual se vuelve operativa la localización de la espacialidad misma, mientras que lo social y lo cultural serán la matriz de prácticas, ideas y materialidades socialmente producidas que median entre la localización y la globalización de los procesos sociales (Agnew, 1997).

La escala y sus niveles de abstracción



Fuente: Elaboración propia con información de Boaventura de Sousa Santos, *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Ed. Trotta/Ilsa, 2ª ed., Bogotá, 2011, pp. 211-215 y John Agnew, “Representing Space. Space, scale and culture in social science” en Ames Duncan & David Lay, *Place/Culture/Representation*. Routledge, New York, 1997, pp. 251-271

Por lo tanto, la escala —así como el espacio— son producciones sociales que articulan las lógicas macro y micro en los procesos de organización social, gubernamentalidad, regulación y control de la vida, así como en sus correlatos subversivos y contestatarios, los cuales dan vida a la dialéctica de la espacialidad. Para Brenner:

Todas las escalas, ya sean urbanas o supraurbanas, deben de ser entendidas como producidas socialmente, políticamente disputadas, y por tanto históricamente maleables. Más aún, estos procesos de escalamiento y reescalamiento son ahora vistos como cercanamente articulados con procesos más amplios de reestructuración político-económica, incluyendo la integración geoeconómica, la reconstrucción de la estatalidad, y la producción de nuevos patrones de desarrollo urbano y regional. Esto implica que cualquier jerarquía escalar -y, de hecho, cualquier unidad, nivel, estrato o gradiente supuestamente fijo dentro de él- tenía una rica geografía histórica que fue (1) mediada a través de relaciones de poder, estrategias reguladoras estatales y luchas sociopolíticas y (2) potencialmente mutable a través de la disputa sociopolítica (Brenner, 2019, p. 5).

Para la comprensión del espacio estratégico, es necesario analizar los procesos de reescalamiento de la dominación material de la vida social a través del espacio en los distintos momentos históricos. Para ello, el concepto de lugar resulta importante, ya que “aquellos que gobiernan el espacio siempre pueden controlar las políticas del lugar, aun cuando —y este es un corolario fundamental— hace falta, en primer término, tener control sobre algún lugar para gobernar el espacio” (Harvey, 2008, p. 260). Analizar el “lugar” implica un rompimiento con la perspectiva fija de la escala, y permite articular los niveles más amplios de dominación social con la vida cotidiana y los espacios vividos, en términos de Lefebvre. De acuerdo con Harvey, es necesario:

Mirar los lugares como el locus de imaginarios, como “institucionalizaciones”, como “configuraciones” de “relaciones sociales”, como “prácticas materiales”, como “formas de poder” y como elementos en el “discurso”. [...] El propósito es entender los lugares como configuraciones internas heterogéneas, dialécticas y

dinámicas de las “permanencias relativas” dentro de la dinámica espacio-temporal de los procesos socioecológicos (Harvey, 2010, p. 24).

En esos términos, el lugar está limitado social y espacialmente por las prácticas de la vida cotidiana y las fronteras en que la hegemonía y las relaciones dominantes actúan sobre ellos, por lo que el lugar se localiza de acuerdo con las demandas y requerimientos de una división del trabajo, la producción y distribución material del sistema global y los modelos variables de autoridad y control de la vida pública. De acuerdo con Agnew:

Más que un espacio “métrico”, dividido en áreas compactas, el lugar involucra una concepción “topológica” del espacio en la cual se reúnen distintas escalas a través de redes de vínculos “internos” y “externos”, definiendo una variación geográfica en los fenómenos sociales. Esta variación geográfica responde a los cambios en la interacción de las redes que entretejen lo interno y lo externo [...] la variación geográfica no puede ser “excluida” de una escala geográfica. La necesaria concomitancia de la interrelación de procesos sociales a diferentes escalas “viene junto a” o está mediada por las prácticas culturales de lugares particulares. Por lo tanto, la geografía está implicada en los procesos sociales, más que ser un escenario o tablero sobre el que se inscriben los procesos sociales (Agnew, 1997, pp. 263-264).

Siguiendo entonces las reflexiones de Agnew, el lugar no es solo local —como emplazamiento para la actividad e interacción social—, sino que también responde a una localización de lo global que, a su vez, contribuye a la configuración del espacio global fragmentado en localizaciones. De ahí la dialéctica de la producción espacial dominante que, al tiempo que produce una totalidad espacial articulada en un espacio dominante, genera fragmentos espaciales que operan con sus lógicas particulares en torno a esa totalidad. Como argumenta De Sousa Santos: “El proceso que engendra lo global, entendido como posición dominante en los intercambios desiguales, es el mismo que produce lo local, en tanto que posición dominada y en consecuencia jerárquicamente inferior. De

hecho, vivimos a la vez en un mundo de localización y en un mundo de globalización” (De Sousa Santos, 2011, p. 211).

En ese sentido, el autor reconoce dos formas de globalización que actúan constantemente con la escala local, en tanto relación de poder que encuentra un correlato de reproducción en las relaciones sociales básicas. El primero de ellos es el localismo globalizado, que se define como “el proceso por el cual un determinado fenómeno local es globalizado con éxito”, mientras que su correlato acontece en el globalismo localizado, el cual “se traduce en el impacto específico en las condiciones locales, producido por las prácticas y los imperativos transnacionales que se desprenden de los localismos globalizados” (Santos, 2011, p. 211). Como ejemplo, las prácticas sociales dominantes que definen al bloque histórico de la hegemonía estadounidense a partir del siglo XX logran globalizarse exitosamente sobre todo el espacio planetario, encontrando una localización de sus redes de dominación, impactando específicamente en las prácticas sociales de los distintos territorios del mundo. Esto puede verse ejemplificado con productos culturales de Estados Unidos como Hollywood, McDonald’s, Walmart o Netflix, así como en elementos propios de la red de militarización global como las bases y flotas militares, los entrenamientos de fuerzas armadas nacionales, la compraventa de armamento producido por corporaciones estadounidenses o las transformaciones en la doctrina militar de los distintos países del mundo, impulsada también por los Estados Unidos.

Es así que la escala se convierte en un elemento necesario para la comprensión de la producción espacial del capitalismo en su conjunto, ya que este opera permanentemente en torno a estas mediaciones entre lo local y lo global. Recuperando a Smith:

Para comprender por completo el desarrollo desigual del capitalismo sería necesario entender el origen de las escalas geográficas. Ahora tendemos a dar por sentada la división del mundo como algún tipo de combinación de escalas, urbana, regional, nacional e internacional, pero rara vez explicamos cómo surgieron. Entender las escalas geográficas nos ofrece una visión definitiva y crucial del desarrollo desigual del capital, pues sin un claro entendimiento de ellas es difícil comprender el verdadero significado de la «disper-

sión», la «descentralización», la «reestructuración espacial», etc. Ellas también nos dotarán de una mirada más afinada para entender la tendencia hacia el equilibrio geográfico y su eventual fracaso, pues el equilibrio espacial (o su ausencia) implica la producción del espacio absoluto en determinada escala (Smith, 2020, p. 183).

Es así que la escala se convierte en un elemento fundamental para el estudio de la producción del espacio y sus dimensiones de violencia, pues sin la articulación transescalar de las formas de dominación que nos envuelven en una fábrica mundo específica, no podría asentarse un bloque histórico y relacional que permita al sistema de producción operar y existir.

Con todo ello, más que determinar una serie de niveles (local, nacional, regional y mundial) en donde la escala puede representarse espacialmente, nos parece adecuado reflexionar este concepto en función de la mediación cultural y social que permite dotar de sentido a la vida en un lugar y tiempo particulares, en donde la violencia se convierte en un eje civilizatorio fundamental.

La violencia como clave metodológica

Las discusiones académicas en torno a la violencia han sido muchas y muy variadas, sin embargo, muchas de ellas se han quedado insertas en una visión teleológica que coloca a la violencia como fin en sí mismo, haciéndola aparecer en cada aspecto de la vida social como elemento inmutable que se relaciona con una idea de “naturaleza humana” que justifica las acciones violentas de los seres humanos como condiciones connaturales a su existencia.

No obstante, la violencia, como fenómeno constitutivo de la vida social no puede ser aprehendida bajo estos parámetros, pues ello encapsularía —tanto a la violencia como al poder— en cajones conceptuales sin mayor complejidad, que existen por determinaciones naturales más allá de la posibilidad de transformación social y política por parte de la misma humanidad.

La violencia suele considerarse como el uso intencional de la fuerza física, psicológica o emocional para dañar, coaccionar, intimidar o con-

trolar a otras personas o grupos. Esta intencionalidad la convierte en un acto social racional, que tiene objetivos claros y busca hacer prevalecer intereses específicos. A partir de ello, la violencia puede manifestarse de diversas formas y en contextos varios, y no se limita únicamente a la forma física, sino que también puede ser verbal, emocional, sexual, económica o estructural.

Si bien la física es la manifestación más evidente de la violencia — dado que implica el uso de la fuerza directa para causar daño o lesiones a otras personas—, la configuración de la violencia y sus manifestaciones puede incluir una serie de elementos simbólicos e intersubjetivos que derivan en configuraciones verbales, psicológicas, sexuales y económicas que determinan a la violencia como categoría relacional.

Entonces, comprender la violencia como una relación social implica desprenderse de la asociación de la violencia como el acto violento, es decir, que el acto de la perpetración de la violencia no es la totalidad del fenómeno, sino solamente una parte del mismo. Pensar la violencia como relación social nos permite, de manera más compleja, comprender su condición estructural dentro del sistema social vigente en nuestras sociedades.

Así, la violencia estructural representa un tipo de violencia más sutil y menos evidente que se basa en sistemas, estructuras o instituciones que perpetúan la desigualdad, la discriminación y la opresión. Es, por tanto, un ejercicio de la violencia con una historicidad y espacialidad particulares, que se expresa a través de la propia cultura, la política y los convencionalismos sociales que le dan forma a una sociedad. Esto puede incluir el racismo, el sexismo, la homofobia, la xenofobia, entre otros, los cuales se encuentran intrínsecamente arraigados en las políticas, leyes y prácticas sociales.

Por lo tanto, es menester comprender a la violencia como una categoría relacional que se coloca como mediación social para la consecución de fines muy diversos, de acuerdo con Fabián González Luna:

(...) la violencia no es una simple categoría que ayuda a tipificar ciertos comportamientos o acciones de los sujetos. Tampoco se trata de simples experiencias que cada persona significa de acuerdo con sus códigos históricos y culturales. No es un sentimiento ni una

respuesta, menos aún una consecuencia. Es (...) una mediación central, una estructura-estructurante, de las sociedades (González Luna, 2018, pp. 10 y 11).

En ese sentido, la violencia representaría una mediación central como categoría relacional que encuentra sus expresiones y representaciones en las formas sociales que habilita. Para Slavoj Žižek, la violencia relacional se puede expresar a través de formas subjetivas —incluyendo la violencia psicológica y emocional infligida por un sujeto a otro dentro de una sociedad individualizada—, pero que se encuentran permanentemente ancladas a una violencia estructural y sistémica que está arraigada en las instituciones y estructuras sociales propias de una sociedad moderno-capitalista. Esta forma de violencia puede incluir la explotación económica, la opresión política, la discriminación racial o de género y otras formas de injusticia que perpetúan desigualdades y privilegios en la sociedad.

De la misma manera, Žižek también aborda la violencia simbólica, la cual implica el uso de símbolos, ideologías o narrativas para justificar y legitimar relaciones de poder y dominación, tal como la propagación de discursos racistas, sexistas o xenófobos que refuerzan estereotipos y prejuicios en la sociedad. Con todo ello, Žižek piensa la violencia como un elemento inherente al funcionamiento del sistema capitalista y otros sistemas sociales, y sus principales manifestaciones pueden rastrearse en situaciones paradigmáticas de nuestra vida moderna como las relaciones de explotación laboral, la degradación ambiental, la exclusión social, y otras prácticas que sacrifican el bienestar humano y ambiental en aras del beneficio económico.

A partir de lo anterior, la violencia como categoría relacional debe comprenderse como una mediación fundamental para la producción de sujetos, corporalidades, territorios y espacios que configuran, en su conjunto, una serie de ordenamientos sociales complejos que articulan las formas de dominación en el cuerpo social. Para Walter Benjamin, “la violencia solo puede encontrarse en el dominio de los medios y no en el de los fines” (Benjamin, 1995). Así, la crítica a la violencia como mediación debería partir no solo de los fines que persigue la violencia como relación mediadora, sino de los mismos medios de los que disponen las acciones violentas para ser ejercidas.

Así, la violencia ha sido históricamente juzgada a partir de la posición que esta juega como elemento mediador entre justicia (moralidad) y derecho (legitimidad). Esta mediación lleva a la configuración de un derecho natural sostenido en una racionalidad objetiva, la cual concibe la realidad como estructura natural cuyos contenidos se encuentran dados, y donde la labor del ser humano está en el descubrimiento de tales contenidos, produciendo así el conocimiento (Benjamin, 1995).

Esta perspectiva naturaliza la condición violenta, pues, de acuerdo con el derecho natural, “la violencia es un producto natural, comparable a una materia prima, que no representa problema alguno, excepto en los casos en que se utiliza para fines injustos”. Esta perspectiva, entonces, legitima la violencia a partir de un tipo ideal de justicia, que cristaliza la configuración de ordenamientos sociales y oculta, tras una máscara de legitimidad y moralidad, la condición violenta sobre la que estos se fundan.

Uno de los ordenamientos más emblemáticos de la modernidad que parte de esta condición violenta es el del Estado-nación, como institución jurídico-política articuladora de las distintas relaciones sociales contenidas al interior de un territorio soberano. El centro de la concepción del Estado recae en el hecho de que este debe hacer lo que sea para su supervivencia y su seguridad, configurando así una razón de Estado en donde el fin (entendido como la seguridad y supervivencia misma del Estado, ante amenazas internas o externas) justifica cualquier tipo de mediaciones, incluidas aquellas referentes al monopolio de la violencia como condición fundamental.

Es así como el Estado, en su papel de garante del ordenamiento social, se fundamenta en un monopolio de la acción violenta que, a su vez, legitima las acciones y mecanismos de ejercicio de la violencia que el Estado tiene sobre su población, configurando así un protocolo de la violencia legítima, y objetivando como violencia ilegítima toda aquella que busque, de una u otra manera, subvertir o resquebrajar el orden social impuesto por la estatalidad. Para ello, el Estado cuenta con toda una serie de dispositivos de poder que le permiten controlar las relaciones sociales que acontecen dentro del mismo sujeto colectivo que lo configura, a partir de distintas formas de gubernamentalidad que Henri Lefebvre resumiría en el llamado modo de producción estatal (Lefebvre, 2013).

A través de ello, Lefebvre examina el papel del Estado en la producción del espacio social y la configuración de las relaciones de poder en la sociedad, sosteniendo que el Estado ejerce un control significativo sobre el espacio a través de políticas de planificación urbana, regulación del territorio y gestión de la vida social. En ese sentido, el espacio deviene un dispositivo de poder para la formación estatal, pero también representaría el sitio de resistencia y lucha contra el control del Estado y las estructuras de poder dominantes.

Para la configuración de este grado de control y dominio, la violencia fundacional y el poder estratégico requieren traducirse en condiciones concretas de gubernamentalidad sobre el cuerpo social, convirtiéndolo en una población determinada por controles básicos que producen sus vidas, cuerpos, mentes y territorios a partir de elementos muchas veces imperceptibles, pero que se concretan en materializaciones muy determinadas:

Se advierte que la palabra “gobernar”, antes de adoptar su significación propiamente política a partir del siglo XVI, abarca un dominio semántico muy amplio que se refiere al desplazamiento en el espacio, al movimiento, que se refiere a la subsistencia material, a la alimentación, que se refiere a los cuidados que pueden proporcionarse a un individuo y la salvación que se puede asegurar, que se refiere asimismo al ejercicio de un mando, de una actividad prescriptiva, a la vez incesante, afanosa activa y siempre benévola. Alude al dominio que se puede ejercer sobre uno mismo y los otros y sobre el cuerpo, pero también sobre el alma y la manera de obrar. Y por último, remite a un comercio, a un proceso circular o un proceso de intercambio que pasa de un individuo a otro. De todos modos, a través de todos estos sentidos hay algo que se deja ver con claridad: nunca se gobierna a un Estado, nunca se gobierna un territorio, nunca se gobierna una estructura política. Los gobernados, con todo, son gente, hombres, individuos colectividades (Foucault, 2014, p. 149).

Con esta cita, Michel Foucault hace referencia a un elemento crucial en el análisis de la hegemonía, el poder y la violencia, el cual es el hecho de que, en última instancia, el plano en el que estas se reproducen será siempre el del campo de lo social y el sujeto. Por lo tanto, las formas

de violencia y control que configuran a la hegemonía mundial en cada momento histórico deberán leerse a partir de los sujetos, colectividades, sociedades y poblaciones que producen a partir de su ejercicio.

Es en ese sentido que el gobierno del espacio social resulta necesario para la reproducción de los sistemas de producción, dado que es a través de este mediador que se pueden poner en práctica las relaciones del proyecto social reinante, así como las cadenas de transmisión necesarias para el funcionamiento de su misma hegemonía. Por gobierno del espacio, hacemos referencia al concepto de gubernamentalidad propuesto por Foucault para la comprensión de las transformaciones en las que el poder comienza a adquirir una tesitura particular de la modernidad misma. La gubernamentalidad, entonces, refiere a:

- 1) El conjunto de instituciones, procedimientos, análisis, reflexiones, cálculos y tácticas que permiten ejercer esta forma tan específica y compleja de poder, que tiene como meta principal la producción de la población como forma primordial del saber social, la economía política como instrumento técnico esencial para el gobierno de la vida, y los dispositivos de seguridad como elementos de disciplinamiento.
- 2) En segundo lugar, se refiere a la tendencia o línea de fuerza que históricamente ha conducido hacia la preeminencia de ese tipo de poder que se puede llamar “gobierno” sobre la vida y sobre los vivos. Este poder estratégico conlleva a la disciplina, la soberanía, el control y la producción de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, así como toda una serie de saberes que lo legitiman y habilitan (Foucault, 1999, p. 193).

Así, aquellos elementos que son fundados por la violencia fundacional son un ordenamiento social que existe a partir de los sujetos y espacios que configura, y reproduce toda una sociabilidad dominante a partir de un poder estratégico que opera ocupando las posiciones clave en tal cuerpo histórico. La violencia, entonces, deviene un elemento central para la producción del espacio, así como para el gobierno de las vidas cotidianas que lo atraviesan y lo determinan como un entorno relacional mediado por lo político. Sin la violencia, la producción del espacio dominante

y su constante afianzamiento frente a otras lógicas de espacialidad no podrían ser efectivos.

Conclusiones

El espacio, las escalas y la violencia son elementos que se encuentran íntimamente relacionados en la estructura de las relaciones sociales propias del capitalismo histórico como sistema de producción. Ha sido a través de su fragmentación y articulación desigual que la violencia ha operado como elemento central en la organización y producción del espacio social capitalista, el cual requiere de una configuración desigual como parte de su estructura relacional.

Por tanto, la violencia no puede ser analizada solamente como una serie de “actos violentos” que buscan lacerar la corporalidad o subjetividad de las personas de forma intencionada, sino como una relación fundacional de las propias formas de organización espacial de las sociedades en este sistema productivo.

En ese sentido, la reproducción social de la violencia estructural opera a través de las diferentes escalas que configuran al sistema mundial contemporáneo. Desde las escalas más concretas representadas por el cuerpo, el territorio y el lugar —que en su conjunto pueden configurar una escala urbana— hasta las lógicas de una escala globalizada, la violencia opera como una forma de humillación social que recuerda constantemente el lugar —en términos de clase social, etnia y género— que cada sujeto ocupa en un sistema desigual y vaciado de posibilidades transformadoras.

En su obra *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Marshall Berman relata la tragedia del desarrollo moderno como un escenario en donde las potencialidades de transformación social de la vida moderna habrían llevado a desenlaces trágicos a través de los cuales las potencialidades y maravillas más significativas del “viejo mundo” tendrían que perecer en nombre de una modernidad arrolladora, que no podría dejar nada fuera de su abanico de posibilidades desarrollistas. Sin embargo, cuando las fuerzas de esa modernidad son secuestradas por la lógica del capital y la violencia como razón de aquellos mismos procesos de transformación social, la tragedia deviene en farsa, aludiendo a la propuesta marxista al respecto de la farsa del capitalismo contemporáneo. (Berman, 2004).

A partir de ello, es posible concluir que la farsa del desarrollo moderno contemporáneo está asentada en una serie de violencias fundacionales, estructurales, objetivas y subjetivas que se han convertido en la representación de la rutina cotidiana, pues estas marcan los ritmos de la propia vida moderna y su estructuración espacial en todas sus escalas. La violencia, entonces, se ha convertido en un elemento fundamental para la reproducción del capitalismo, y el espacio ha ocupado el lugar de un dispositivo biopolítico para asegurar tal reproducción.

Referencias bibliográficas

- Agnew, J. (1997). Representing Space. Space, scale and culture in social science. En D. Ames & D. Lay (Eds.), *Place/Culture/Representation*. Routledge.
- Benjamin, W. (1995). *Para una crítica de la violencia*. Letra e.
- Berman, M. (2004). Todo lo sólido se desvanece en el aire. Siglo XXI.
- Brenner, N. (2019). *New Urban Spaces. Urban theory and the scale question*. Oxford University Press.
- De Sousa Santos, B. (2011). *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Trotta/Ilsa.
- Font, J. N., & Ruffi, V. (2001). *Geopolítica, identidad y globalización*. Ariel.
- Foucault, M. (1999). *Ética, estética y hermenéutica. Obras esenciales*. Vol. III. Paidós.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2014). *Seguridad, territorio y población*. FCE.
- González Luna, F. (2018). *Geografía y violencia. Una aproximación conceptual al fundamento espacial de la violencia estructural*. Ediciones Monosílabo/UNAM.
- Harvey, D. (2008). La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural (2ª ed.). Amorrortu.
- Harvey, D. (2010). Del espacio al lugar y de regreso. En B. Berenzon & G. Calderón (Coords.), *El tiempo como espacio y su imaginario*. UNAM.
- Harvey, David (2014) *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Traficantes de sueños.

- Harvey, D. (2014). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Akal.
- Herrera Santana, D. (2017). Producción estratégica del espacio y hegemonía mundial. La confluencia en el estudio de la Geografía Política y la Geopolítica. En E. León Hernández (Coord.), *Praxis espacial en América Latina. Lo geopolítico puesto en cuestión*. Itaca, UNAM.
- Herrera, D. (2020). *El siglo del americanismo. Una interpretación histórica y geoestratégica de la hegemonía de Estados Unidos*. Akal.
- Herrera, D., González, F., Saracho, F., & Rico, I. (2020). *Espacios Negativos. Praxis y antipraxis*. Akal.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitan Swing.
- Neil Smith. (2020). *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio*. Traficantes de Sueños.
- Raffestin, C. (2013). *Por una geografía del poder*. El Colegio de Michoacán.
- Rico Becerra, C. I. (2025). *Hegemonía, geopolítica y militarización en la segunda década del siglo XXI* [Tesis de Doctorado, Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM].
- Smith, N. (2020). *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio*. Traficantes de Sueños.
- Soja, E. W. (1996). *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Spaces*. Blackwell Publishers.